

El camino

Alia Benzo

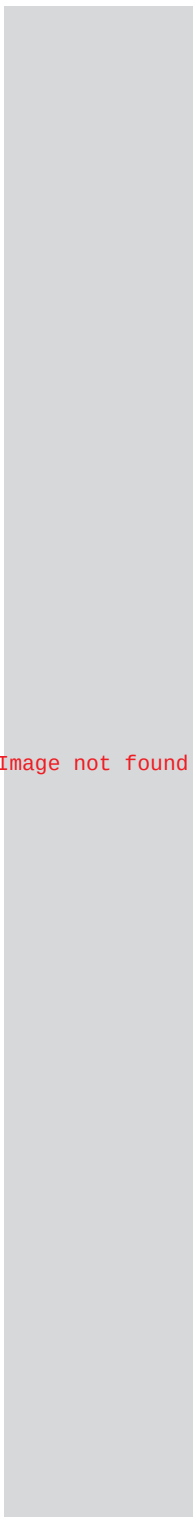


Image not found.

Capítulo 1

I

Era la primera vez que montaba en tren. No había desayunado de los nervios. Todo pasaba muy rápido por su lado y el repiquetear de la rueda en su marcha unido al olor a carbón encendido le produjeron náuseas y dolor de cabeza. En su casa siempre habían cocinado con leña, estaba acostumbrada al olor, pero este era diferente: podías sentirlo, el rocío que se colaba por la ventana te lo pegaba en la cara y en la ropa. Cómo la gente hablaba tan bien del tren si pasabas frío en una ventana que no se podía cerrar, estabas incómoda en el duro banco de madera, y llegabas fría y pegajosa a donde ibas. Aún peor, el ruido diabólico de la sirena, parecía como si se asustara. AL sorprenderse pensando en un grasiento y enorme animal asustado sonrió.

El tren había aminorado la marcha al entrar a la ciudad. Las casuchas al lado de la línea fueron sucedidas por otras mejores, pero ella ya había visto casas de ese tipo allá en El Trece, las conoció cuando su papá las llevó para que vieran un invento mágico llamado televisión a casa del señor Gumersindo, el administrador de la finca La Guanaja. Tuvieron que caminar como tres kilómetros y bordearon la presa, que estaba crecida, pero llegaron a tiempo para ver el final de un programa en el cual una bella mujer —igualita a las que salen en las revistas de la tienda de Doña Adela— ser cortejada por un esbelto joven de bigotes y traje. Ella misma estuvo viviendo dos años en una de esas casas como inventadas, cuando fue colocada en la casa de Don Arévalo y Doña Estela ¿Cómo sería la casa en la cual trabajaría? Doña Estela era muy recta pero generosa: le pagarían a su padre 20 pesos al mes y además le darían comida.

El tren se detuvo. Sabía lo que tenía que hacer. Agarró la maleta de madera que le había hecho su padre y bajó presurosa. El andén la asustó: era una amplia nave sin paredes, el techo se sostenía únicamente por unas columnas de metal y apenas si descansaban en el hermoso y largo edificio de altas ventanas “Cómo lo aguantan” pensó mirando para arriba cuando tropezó con ella un caballero trajeado igual que el de la televisión.

—Niña mira por dónde vas— le reprochó el hombre mientras se alejaba.

“Disculpe” balbuceó mientras agachaba la cabeza “Caminar hasta que no haya edificio, que solo sea techo” recodó y el fuerte olor a café y jabón de cebo de va y sosa cáustica la envolvió, faltaba mucho para volver a verla. Apretó el paso.

“No tan educado” se dijo y trató de avanzar en el barullo de gente que cargaba sacos, cajas y maletas. Todos iban apurados, dos hombres con

traje que iban justo delante de ella discutían animadamente acerca de unas máquinas que acababan de llegar de no sé qué lugar, otro con camisa blanquísima y elegantes zapatos de doble tono recontaba en su maleta abierta algunos papeles, señoras con hijos y equipaje trataban de avanzar sin perder ninguno, y muchachas, muchachas bellísimas hablando, alborotando y sonriéndole a hombres que les decían algo al pasar, y solas. De pronto recordó el dolor de su madre al dejarla venir sola en tren, fue una semana de angustia, la única semana que pasaba en casa desde que estaba colocada lo de los Cañedo. Su madre solo lloraba, tan mal se sintió que ella tuvo que hacer todas las labores domésticas y encargarse de sus diez hermanos. Respiró y el aire salió como aliviando el peso de la espalda.

—¿Tú eres la nueva cocinera? Le sorprendió una mano agarrándole el brazo. Instintivamente dio un paso atrás.

Sí, de los señores Gonzáles de Usa— musitó mientras examinaba a la negra sesentona que le obstaculizaba el paso. Lento, como si no quisiera hablar —y menos caminar,— la mujer se volvió con un cansado “sígueme”.

Llevaba el vestido sucio y manchado de algo que parecía resina de plátano. Cojeaba, pero se esforzaba en simularlo. No habló. Caminaba entre la gente abriéndose paso solo con el estupor que suscitaba su apariencia grasienta y sucia. Algunos pasajeros hicieron mueca de asco. Entrenada en una cocina desde los cuatro años sobre una caja de madera boca abajo para alcanzar las ollas, Gloria sabía identificar el olor de un fogón de leña a kilómetros. Aquella mujer parecía haber nacido en uno.

Atravesaron el andén y Gloria se aferró a su maleta, no traía gran cosa en ella: una foto vieja de cuando su madre era soltera, unos zapatos de tela, un juego de dormir hecho de saquito de harina y el vestido que le habían regalado los Cañedo; pero su madre le había dicho que en la ciudad la gente sabía enseguida quienes eran los guajiros y les robaban las cosas. Una ruidosa calle las obligó a parar y cruzar casi corriendo entre los autos. Salieron así a un segundo andén desde el que se veía un imponente edificio.